

MONTSERRAT MAINAR

Gran Premio de Esmaltería en la III Bienal de Arte Hispanoamericana

Contemplamos con verdadera curiosidad su obra «La Ciudad» cuando visitamos la Bienal. Era un prodigio de colorido y composición, aunque muy difícil de explicar para un profano en esmaltes como yo. Cuando recibí el «Gran Premio de Esmaltería» no nos sorprendió en absoluto y sentimos un deseo enorme de conocer a la poseedora de aquellas manos femeninas que nos habían dado tan sorprendente obra.

Llamé por teléfono a su casa y una voz armoniosa, con ligero acento catalán, me respondió cordialmente:

—Venga cuando quiera y a la hora que mejor le parezca.

Me abre la puerta una muchachita que, sin preguntar tan siquiera mi nombre, me introduce directamente en lo que debe ser el estudio de nuestra futura entrevistada. Es una pequeña estancia, en la que el espacio y la luz son un todo magníficamente calculados para obtener de ellos el máximo rendimiento.

—Pregunto por Montserrat Mainar —digo a la muchachita—. Avisé esta mañana que vendría a hacerla una entrevista.

Mi interlocutora se ríe.

—Montserrat Mainar soy yo —aclara—. Y puede usted considerarse en su casa.

—¡Imaginé encontrarme con una persona mayor! (Mi asombro, que no puedo disimular, es sincero).

—Yo también soy mayor...

—Pero menos, que diría Cantinflas.

Ahora reimos las dos abiertamente. Mi anfitriona me invita a sentarme a lo que debe ser su mesa de trabajo. Ella se acomoda enfrente, dispuesta a soportar mis preguntas. Antes de iniciar el diálogo la observo unos momentos. Es morena, proporcionada; la mirada viva, dulce e inteligente al mismo tiempo. Viste una

blusa camisera azul pálido, bajo una rebeca azul azafata. La falda gris, plisada, y los zapatos planos. Es el genuino tipo de nuestras muchachas: inteligentes, deportivas y estudiosas.

—¿Cómo llegó usted a este arte? —empiezo preguntándole.

—Es una historia sencilla, pero un poco larga.

—¿Viene de familia de artistas?

—Sí; por ambas ramas. Mi abuelo materno fué escultor y escultor es mi tío, José Manuel Benedicto. Y mi padre es decorador de interiores.

—¿Sintió muy pronto esta vocación?

—No tenía tres años y ya miraba con verdadero arrobo el libro de bocetos de mi padre. Y él me dejaba contemplarlos solita, en la seguridad de que no se los iba a estropear.

—¿Y empezar a cultivar su arte en serio?

—No sé por qué me pusieron a estudiar el Bachillerato. Pero en el cuarto año me negué a seguir adelante. Algo latía en mí que me llamaba hacia otro camino. Entonces mi padre me llevó a la Escuela Massana, Conservatorio de Oficios Artísticos y allí escogí el que hacía años me fascinaba: la esmaltería.

—¿Sus principales maestros?

—Miguel Soldevila, cuyo arte clasicista y de una gran perfección ha creado escuela y el gran Modesto Morató.

—¿Quién destaca más en el esmalte, el hombre o la mujer?

—Hasta ahora ellos son los que se llevan la palma...

—Menos cuando se la lleva usted, ¿no?

—Fué desde luego una gran emoción y una tremenda sorpresa, no lo niego. Pues concurrían personas mayores e importantes. No lo olvidaré fácilmente y tampoco que era martes y 13.

—Buena lección para los supersticiosos —apunto yo y continuo—. Dígame ahora,

¿Ha alcanzado otros premios?

—Varios. Realmente, siempre que me he presentado a algún concurso. Le diré los dos más importantes: en la Exposición de la Santa Cena, durante el Congreso Eucarístico del año 52, «Premio al Esmalte» y al año siguiente en Madrid, en la Internacional de Artesanía, un tercer premio, con medalla.

—¿Compensa el trabajo? Porque debe ser un arte sólo apto para pacientes.

—No se equivoca. Yo en «La Ciudad» empleé mis buenas doscientas horas. No le digo más, que este esmalte necesita unos sesenta colores distintos. A esto añade la tensión nerviosa que produce pensar, que el fuego estropee caprichosamente lo

que está ya casi terminado y tantos sudores nos ha costado realizar. Ahora que el resultado es fascinante cuando vemos enfriarse lentamente la pieza y aparecer los blancos, los rojos intensos, los azules irisados... y todas ellos con una gran transparencia e intensidad; entonces uno se da cuenta que no se ha trabajado en vano y que estas piezas nos sobrevivirán sin perder nunca sus tonalidades, ni su claridad y pureza. La compensación espiritual es enorme.

—¿Nunca se le estropeó algún esmalte?

—En casa, no. Pero en la Escuela una pieza para un caliz, cuando el Congreso Eucarístico. Estuve llorando un gran rato.

—¿Trabaja sola?

—Completamente. Este es mi cuarto de batalla.

—¿Qué hará con las pesetas del premio?

—Volverán a los esmaltes. Pero me dan una gran tranquilidad. El primer horno lo compré yo, siendo una chiquilla, con el dinero que conseguía de mis dibujos.

—¿Este arte requiere el conocimiento del dibujo y la pintura?

—Si uno aspira a pasar de simple obrero o artesano, desde luego.

—¿Totalmente absorbida por los esmaltes?

—No del todo. Me tengo por una muchacha completamente normal. Me gusta mucho la música, hasta el extremo que formo parte de una Coral; con la que hemos obtenido algunos premios en concursos internacionales.

—¿Ha salido al extranjero?

—Sí. Pero mis viajes más gratos son los que hago en plan de estudios. Las ciudades italianas son las que más me inspiran.

—¿Es usted catalana?

—Sí. Nací y viví siempre en Barcelona.

—¿Le gusta la casa?

—Mucho. Pienso que si algún día me caso, los esmaltes van a quedar en segundo lugar.

—Hoy toda una artista, mañana toda una mujer.

Florencia M^o. Ortiz

Hotel "LES NOIES"

STILO
PINTURA - DECORACION
A. Guimerá, 6

Una máquina de lavar ropa para ser buena de verdad debe lavar sin dar vueltas a la ropa, que es cuando se estropea.

LA ÚNICA LAVADORA ESPAÑOLA CON ESTE SISTEMA ES LA

"Edesa"

construida según modelos «General Eléctric» y con certificado de la A. E. E.

Pida detalles y una demostración al Distribuidor

JUAN PUIG

Mn. j. Verdaguer 13

San Feliu de Guixols